

SÓCRATES. Por lo tanto es necesario estar en guardia contra estas sensaciones, y con razon los poetas dicen que los sentidos engañan y que no perciben nada distintamente. Los órganos de la vista y del oído nos confunden y oscurecen las cosas, y si estos dos sentidos no nos suministran nociones distintas, con ménos razon los otros que están mas expuestos á error.

¿De qué medio se valdrá el alma para llegar al conocimiento de la verdad? Si emplea para esto los sentidos, se ve engañada (1).

SIMMIAS. Esto es cierto.

SÓCRATES. Es, pues, necesario que el alma reflexione, juzgue, ratiocine é invente con el fin de conocer, si es posible, con estos medios la esencia de las cosas. Pero ¿cuándo será mas eficaz la reflexion que estando olvidada de los objetos exteriores? No reflexionando con el auxilio de la vista, ni con el del oído, ni con el de las cosas agradables ó desagradables, se encuentra el alma como libre del cuerpo y abandona cuanto puede su compañía, para recogerse en sí misma y considerar, no las apariencias sensibles, sino la esencia de las cosas; no las impresiones de los cuerpos considerados como tales, sino en cuanto contienen algo de verdadero.

SIMMIAS. Muy bien.

SÓCRATES. Hé aquí un caso nuevo en el que el alma del sabio debe evitar la compañía del cuerpo y apartarse de él todo lo posible.

SIMMIAS. Así parece.

SÓCRATES. Procuremos aclarar esto un poco mas. Dime Simmias: ¿crees tú que la suprema perfeccion no es mas que una simple idea que el espíritu no puede aplicar á ningun objeto exterior, ó que es un ente existente fuera de nosotros?

SIMMIAS. Ciertamente es un ser real y existente fuera de nosotros é infinito, y cuya existencia es de una necesidad absoluta.

SÓCRATES. ¿Y la suma bondad y la suma sabiduría tienen una existencia real?

SIMMIAS. Sí, por Júpiter. Son propiedades inseparables del ser mas perfecto, el cual no podria existir sin ellas.

SÓCRATES. ¿Y quién nos enseñó á conocer este ser? Nunca le hemos visto con los ojos del cuerpo.

SIMMIAS. Así es.

SÓCRATES. Tampoco le habíamos oído, ni tocado. De la misma manera que ningun sentido nos ha mostrado las ideas de bondad, sabiduría, perfeccion, belleza, facultad pensadora, etc., y sin embargo, sabemos que todas estas cosas existen fuera de nosotros y en sumo grado. ¿Hay alguno que pueda explicarnos cómo percibimos estas ideas?

SIMMIAS. Yo creo que solo Júpiter puede hacerlo.

(1) Este es uno de los errores mas comunes de las escenas. Los sentidos no engañan, aunque el juicio que hacemos acerca de sus percepciones puede ser falso. C.

SÓCRATES. ¡Cómo! Si oyésemos en la habitacion inmediata tocar una flauta, y nos agradase su música, ¿no querríamos conocer inmediatamente al artista que nos procurase este placer?

SIMMIAS respondió sonriéndose. — En este momento tal vez no...

— Cuando vemos un cuadro, continuó Sócrates; ¿no queremos conocer la mano maestra que le pintó? Pues bien, nosotros ofrecemos el cuadro mas hermoso que han visto jamas los ojos de los dioses ó de los hombres, la imágen de la suma perfeccion, bondad, sabiduría y belleza, ¿y nos hemos informado en algun tiempo de quién fué el pintor que dibujó esta imágen?

Cébes respondió: — Me acuerdo de haber oído á Filolao dar una explicacion que tal vez satisface esa pregunta.

— Y Cébes, replicó Sócrates, ¿no hará á sus amigos partícipes de la herencia del feliz Filolao?

— Esta explicacion, dijo Cébes, ¿no la oiríais con mas gusto de boca de Sócrates? Pero sea como queráis. El alma, decia Filolao, no recibe ninguna idea incorpórea por el ministerio de los sentidos exteriores, sino de sí misma: observando sus propios efectos, aprende á conocer sus propiedades y su esencia. Para mas claridad, tomemos á Homero los dos toneles que están en el vestibulo de Júpiter, pidiéndole al mismo tiempo licencia para llenarlos, no de prosperidades y de infortunios, sino el uno de esencias y el otro de limitaciones. Cuando Júpiter quiere por su infinito poder producir un espíritu, echa una mirada al eterno destino, y en consecuencia del irrevocable decreto de este, prepara con las dos sustancias contenidas en dichos toneles un compuesto de esencias y limitaciones, que contiene la base del futuro espíritu. Esta es la razon por que entre todas las especies de seres espirituales se encuentra una sorprendente semejanza, lo que proviene de haberse tomado todas estas especies de los mismos toneles y no diferenciarse sino en sus elementos. Si nuestra alma, que es el resultado de una de dichas composiciones, se observa á sí misma, entónces adquiere las ideas de la esencia de los espíritus, de limitacion, de facultad, de impotencia, de perfeccion, de inteligencia, de designio, de belleza, de sabiduría, de justicia, y otras mil incorpóreas, acerca de las cuales los sentidos externos la dejarían en la mas profunda ignorancia.

— Muy bien, exclamó Sócrates, ¿y hubieras podido, Cébes, dejarme salir de este mundo sin participarme estos preciosos conocimientos? Pero veamos cómo sacamos provecho de ellos ántes de morir. Filolao decia que el alma llega al conocimiento de los otros espíritus de su especie considerándose á sí misma. ¿No es verdad esto?

CÉBES. Seguramente.

SÓCRATES. ¿Y que se forman las ideas de las cosas incorpóreas, desarrollando las facultades propias y dando á cada una de estas cosas un

nombre particular para distinguirlas con mas claridad?

CÉBES. Tal es su dictámen.

SÓCRATES. Mas cuando el alma quiera concebir un ser superior á sí misma, por ejemplo un demonio (1), ¿quién le suministrará la idea?

Cébes calló y Sócrates continuó: — Si he entendido bien el dictámen de Filolao, el alma no puede formarse una idea exacta de un ser mas sublime que ella, y ménos de una facultad superior á las que ella posee; mas puede muy bien concebir en general la posibilidad de un ser dotado de cualidades que á ella le falten, es decir, de un ser mas perfecto que ella. ¿No es esto lo que dice Filolao?

CÉBES. Exactamente.

SÓCRATES. Pero no es mas que una imperfecta nocion esta vislumbre de representacion que alcanza el alma, tanto del Ser Supremo como de su perfeccion suma. Por lo que hace á su esencia, no puede comprenderla en toda su extension, pero concibe que existe separando mentalmente lo que tiene de bueno, de perfecto, de verdadero, de los defectos y limitaciones con que se halla unido: de este modo llega al conocimiento de un ser que es todo esencia, bondad, verdad y perfeccion.

Apolodoro, que hasta este momento no habia hecho mas que repetir en voz baja todas las palabras de Sócrates, exclamó como absorto en un éxtasis: Él es todo esencia, todo bondad, todo perfeccion.

— Observad, amigos, prosiguió Sócrates, que el sabio está obligado á alejarse de los sentidos y de los objetos, si quiere comprender al Ser Supremo y perfecto, conocimiento en que consiste la verdadera felicidad. Mas no le bastan estas abstracciones; necesita ademas cerrar sus ojos y sus oídos, distraer su atencion del dolor y placer que producen los sentidos, olvidarse, si es posible, de su cuerpo para quedar abismado en sí mismo, y no considerar sino las facultades de su alma y su actividad interior. En estas meditaciones el cuerpo es un compañero no solo inútil para el espíritu, sino tambien incómodo, porque en estos momentos el espíritu no se cuida ni de colores, ni de tamaños, ni de tonos, ni de movimientos, sino que fija toda su atencion en el ser que se representa entónces mas distintamente, pudiendo producir bajo todos los aspectos imaginables todos los colores, todos los tamaños, todos los tonos, todos los movimientos, y lo que es mas, todos los espíritus posibles. Yo creo que el cuerpo es un grande impedimento cuando uno quiere entregarse á estas meditaciones profundas.

— ¡Ah! gritó Simmias. ¿Cuánto mas sublime y al mismo tiempo mas verdadero es todo esto!

— Los verdaderos filósofos, continuó Sócrates, que consideran estas razones, no pueden ménos de ser de este dictámen, y deben decirse unos

(1) Demonio equivale á lo que nosotros llamamos genio.

á otros: Hé aquí una senda engañosa que cada vez nos aleja mas de nuestro fin y que destruye todas nuestras esperanzas; estamos seguros de que el conocimiento de la verdad es nuestro único deseo, mas en tanto que estemos en este mundo embarazados por nuestro cuerpo, en tanto que nuestra alma esté inficionada con este contagio terrestre, no es posible que logremos ver cumplido semejante deseo. Debemos buscar la verdad; mas el cuerpo nos deja poco descanso para una investigacion tan importante. El alimentarle exige hoy de nosotros todos nuestros cuidados; mañana se verá tal vez acometido de enfermedades que nos causen mayor fastidio; despues vendrán otras imperitencias corporales, el amor, el temor, los deseos, los apetitos, los caprichos y las locuras, que nos ocasionan continuas distracciones, conducen nuestros sentidos de vanidad en vanidad, y nos hacen anhelar inútilmente el verdadero objeto de nuestros votos, la sabiduría. ¿Y qué otra cosa excita la guerra, las revoluciones, las contiendas y discordias entre los hombres? ¿No es el cuerpo? ¿No son sus insaciables deseos? Por eso la codicia es el origen de todas las turbulencias, y si el alma no tuviese que satisfacer los impetuosos deseos del cuerpo, no se vería agitada por la avaricia. De este modo ocupamos la mayor parte del tiempo, y raras veces nos queda lugar para cuidarnos de la filosofía. Si nos procuramos una hora de descanso, y nos ponemos á oír la voz de la sabiduría, ¿no nos sale inmediatamente al encuentro el perturbador de nuestro reposo, el cuerpo, que nos ofrece apariencias en vez de realidades? Los sentidos nos presentan, aun contra nuestra voluntad, sus imágenes ilusorias, y llenan nuestra alma de oscuridad, de confusion, de pereza y de extravagancias. En medio de este tumulto ¿cómo podrá el alma reflexionar profundamente y alcanzar la verdad? Esto no es posible. Por lo tanto necesitamos aprovechar aquellos felices momentos en que la paz exterior y la tranquilidad interior nos procuran la felicidad de perder totalmente de vista al cuerpo, y observar la verdad con los ojos del espíritu. Pero ¡ah! ¡Qué raros y breves son estos momentos tan deseados!

De aquí se deduce con claridad que no podemos llegar al fin de nuestros deseos, la sabiduría, sino despues de la muerte, y que durante la vida esperamos en vano alcanzarla. Porque si es verdad que mientras el alma está unida al cuerpo no puede conocer distintamente la verdad, es menester admitir ó que jamas la hemos de conocer, ó que la conoceremos solo despues de la muerte, porque entónces el alma, estando libre del cuerpo, probablemente no encontrará obstáculos para entregarse del todo á la sabiduría, ó que si en esta vida queremos prepararnos á tan precioso conocimiento, no se debe conceder al cuerpo sino lo que exige la necesidad; es menester abstenerse de los placeres sensuales y ejercitarnos todo lo po-

sible en la meditacion, hasta que sea la voluntad del Altísimo ponernos en libertad. Entónces libres de los errores del cuerpo, podremos tal vez contemplar la fuente de la verdad, el Ser Supremo y perfecto con sentidos puros y santos, ver á otros seres, y gozar de su misma felicidad. Hé aquí, querido Simmias, el lenguaje que los que desean de véras instruirse, pueden usar entre sí al hablar de sus principales intereses. Hé aquí cuál debe ser su dictámen. ¿No crees tú lo mismo?

SIMMIAS. Ciertamente, querido Sócrates.

SÓCRATES. Pero si esto es así, amado amigo, el que me siga en este día ¿no es porque tiene esperanza de obtener en el lugar á que os cito, mejor que en otra parte, lo que con tanto anhelo buscó en el discurso de la vida presente?

SIMMIAS. No se puede negar eso.

SÓCRATES. Con tan lisojeras esperanzas puedo hoy emprender el viaje á la otra vida, juntamente con todo el que ame la verdad; mas es menester reflexionar que nadie tendrá un libre acceso á los misterios de la sabiduría, sin purificacion y preparacion.

SIMMIAS. Todo eso es verdad.

SÓCRATES. Ahora bien, esta purificacion no es otra cosa que alejar el alma de los deleites sensuales, y el ejercicio continuo de meditar sobre la esencia y propiedades de las mismas almas, sin dejarse avasallar del cuerpo; en una palabra, una constante aplicacion para librar al alma de los estorbos del cuerpo, tanto en la presente, como en la otra vida, y para que pueda en esta última contemplarse á sí misma sin ningun impedimento y llegar así á conocer la verdad.

SIMMIAS. Sin duda ninguna.

SÓCRATES. La muerte no es mas que el acto de separarse el alma del cuerpo.

SIMMIAS. Exactamente.

SÓCRATES. Y los verdaderos amantes de la sabiduría hacen todo lo posible por familiarizarse con la muerte para aprender á morir. ¿No es verdad?

SIMMIAS. Á lo ménos así lo parece.

SÓCRATES. ¿Y no sería la mayor contradiccion que un hombre que ha empleado toda su vida en aprender el arte de morir, se afligiese al aproximarse la muerte? ¿No sería ademas una cosa ridícula?

SIMMIAS. Cierto que sí.

SÓCRATES. Por consiguiente, mi querido Simmias, la muerte no debe ser desagradable á los filósofos; ántes bien deben recibirla con alegría. La compañía del cuerpo es muy iucómoda en todo tiempo: así aquellos, para conseguir el verdadero fin de su existencia, deben tratar de separar el alma del cuerpo, y de concentrarla, por decirlo así, en sí misma; la muerte es esta separacion y el término tan deseado de la sociedad establecida entre el alma y el cuerpo. ¿Qué incoherente sería el temblar y entristecerse al aproximarse aquella! Debemos ponernos en camino con valor y alegría cuando

vamos á aquel lugar en que esperamos obtener el objeto de nuestros mas ardientes votos, la sabiduría, y hallarnos libres de aquel incómodo compañero que nos ocasionó tantos perjuicios. Hay algunos hombres vulgares é ignorantes á quienes la muerte arrebató sus amantes, sus mujeres ó sus hijos, los cuales en los trasportes de su afliccion desean abandonar la tierra para ir á unirse con los objetos de su ternura y deseos. Ahora bien, aquellos que saben que solo en la otra vida pueden poseer el solo objeto que puede cautivar su alma, y que por otra parte tienen razones sólidas para creer que le verán brillar con todo el esplendor de sus atractivos, ¿se espantarán, temblarán, no querrán ponerse alegremente en camino? ¡Ah! no, querido Simmias, pues no hay mayor contradiccion para un filósofo que temer la muerte.

— ¡Por Júpiter! exclamó Simmias, que tienes razon.

SÓCRATES. Temblar y apurarse cuando la muerte nos llama, es una señal infalible de que no se ama la sabiduría, sino que se aman el cuerpo, los bienes ó los honores; ó las tres cosas al mismo tiempo.

SIMMIAS. Infaliblemente.

SÓCRATES. ¿Á quién mejor que á un filósofo puede convenir la virtud que llamamos fortaleza de alma?

SIMMIAS. Á ningun otro.

SÓCRATES. Y la templanza, aquella virtud que consiste en el continuo moderar sus propios deseos, y en ser circunspecto y modesto en su propia conducta, ¿no es menester buscarla principalmente en el que no hace caso del cuerpo, y que no vive sino para la filosofía?

SIMMIAS. Seguramente.

SÓCRATES. Ahora bien, la firmeza y la templanza de los demas hombres son muy incoherentes, si las examinas de cerca.

SIMMIAS. ¿Cómo, querido maestro?

SÓCRATES. Tú sabes que la mayor parte de los hombres miran la muerte como el mayor de los males.

SIMMIAS. Lo sé.

SÓCRATES. Y si los que se creen valerosos, mueren intrépidamente, no es sino por huir de un mayor mal.

SIMMIAS. Así parece.

SÓCRATES. Luego todos los hombres valerosos, excepto los filósofos, no se muestran tales sino por el miedo. Y la intrepidez que nace del miedo ¿no es absurda?

SIMMIAS. Muy absurda.

SÓCRATES. Lo mismo puede decirse de la templanza: muchos viven sobriamente en la intemperancia. Á primera vista esto parece imposible; pero es muy cierto. Los que obran así se abstienen de ciertos placeres por gozar con mas libertad de otros que los dominan mas, de modo que se hacen superiores á los unos porque están mas esclavizados por los otros. Háblalos sobre esto, y te dirán que el dejarse vencer de las pasiones es intemperancia. Pero

ellos no consiguen reprimir ciertos deseos inmoderados, sino sujetándose á otros mas desenfrenados. ¿No es esto ser continente por incontinencia?

SIMMIAS. Así parece.

SÓCRATES. ¡Ah! querido Simmias, cambiar de leites por deleites, dolores por dolores, temores por temores, como suele cambiarse una moneda de oro por muchas de plata, este no es el camino de la verdadera virtud. La sola moneda que es buena, y por la cual es menester darlo todo, es la sabiduría; con esta pueden poseerse todas las otras virtudes, el valor, la sobriedad y la justicia, y en ella se encuentra la verdadera virtud y la verdadera superioridad sobre los propios deseos, sobre la aversion y sobre todas las pasiones. Sin la sabiduría no se hace mas que cambiar las pasiones por una funesta sombra de virtud, que solo sirve al vicio, no teniendo en sí nada de verdadero, ni de saludable. La verdadera virtud es una santificacion de costumbres, una purificacion del corazon, no un cambio de deseos; la justicia, la templanza, la intrepidez y la sabiduría no consisten en cambiar un vicio por otro. Nuestros predecesores que instituyeron las *Teletas* ó las *Fiestas de la perfecta expiacion*, fueron, á lo que parece, unos hombres muy sabios, y quisieron dar á entender con estos enigmas, que los que dejan este mundo sin hacer sus expiaciones y sin santificarse, deben sufrir los castigos mas rigurosos, mientras que el que se purifica y expia sus culpas, habitará despues de su muerte entre los dioses. Los que son admitidos á estos misterios expiatorios, suelen decir: *Muchos llevan el tirso, mas pocos son inspirados*: entendiéndose, segun me parece, por inspirados aquellos que se dedican á la verdadera sabiduría. Yo he hecho todo lo posible por ser del número de esos inspirados; si mis esfuerzos han sido infructuosos, ó si he logrado con ellos el fin deseado, espero saberlo muy bien en el lugar á que, si Dios quiere, iré muy presto.

Ved aquí, Simmias y Cébes, todo lo que tenia que decir para justificarme de abandonar sin ninguna pena los mejores amigos que he tenido en la tierra, y de temblar tan poco al aproximarse la muerte. En el lugar adonde iré dentro de poco, espero encontrar mejores amigos y una vida mejor que la que estoy próximo á abandonar, aunque esto parezca imposible á la mayoría de los hombres. Si esta defensa que hago hace mas impresion en vosotros, amigos míos, que la que causó á mis jueces la que hice en presencia de ellos, moriré contento.

Calló Sócrates, y Cébes empezó á hablar así:

— Es verdad, te has justificado plenamente. Pero la opinion que tú sostienes acerca del alma, debe parecer increíble á muchas personas; porque estas creen comunmente que el alma separada del cuerpo no existe, que queda anadada en el momento en que el hombre muere, y que semejante un soplo ó á un li-

gero vapor, vuela del cuerpo al aire superior, donde se disuelve y cesa enteramente de existir. Si se llegase á probar que el alma puede subsistir por sí, y que su existencia no depende absolutamente de su union con el cuerpo, la esperanza que tú alimentas adquiriria una gran verosimilitud, pues pudiéndose mejorar nuestra suerte despues de la muerte, hay una poderosa razon para creer que el hombre virtuoso debe prometerse gozar una vida mas feliz. Pero es difícil de comprender esa posibilidad de que el alma piense despues de la muerte, que tenga voluntad y facultades intelectuales, y esto, mi querido Simmias, es necesario probarlo.

— Tienes razon, Cébes, replicó Sócrates; mas ¿qué quieres que haga? ¿debo ocuparme en dar las pruebas de eso, ó no?

— Estoy con mucha curiosidad, dijo Cébes, por saber qué piensas sobre este asunto.

— Á lo ménos, continuó Sócrates, cualquiera que escuche nuestra conversacion, aunque sea poeta cómico, no me censurará que me ocupe tan solo de visiones ó cosas inútiles; la investigacion que vamos á hacer es de tanta importancia que cualquier poeta nos permitirá muy gustoso implorar la asistencia de alguna divinidad, ántes de empezar nuestro trabajo.

Aquí calló y permaneció absorto algunos momentos, despues de lo cual prosiguió: — Yo creo, queridos amigos, que el modo mas digno de adorar al Ser Supremo es el buscar la verdad con un corazon puro. Pero vengamos al asunto. La muerte, oh Cébes, es un cambio natural verificado en la existencia del hombre: ahora vamos á examinar lo que sucede en su cuerpo y en su alma despues de dicho cambio. ¿No es verdad?

CÉBES. Sí.

SÓCRATES. ¿No será oportuno definir primero lo que es un cambio natural y cómo acostumbra verificar sus cambios la naturaleza, no solo relativamente al hombre, sino tambien relativamente á los animales, á las plantas y á las cosas inanimadas? Me parece que de este modo llegaremos con mas seguridad á nuestro fin.

— Ese pensamiento, dijo Cébes, me parece muy laudable: convengamos ante todo en lo que se entiende por cambio.

— Me parece, continuó Sócrates, que decimos que una cosa ha cambiado, cuando pudiéndole convenir dos definiciones, la una cesa de serle aplicable, y la otra empieza: por ejemplo, bello y feo, justo é injusto, bueno y malo, dia y noche, dormir y velar, ¿no son definiciones opuestas de un solo objeto?

CÉBES. Sí.

SÓCRATES. Cuando una rosa está marchita ó pierde su belleza, ¿no decimos que cambió?

CÉBES. Ciertamente.

SÓCRATES. Y cuando un hombre injusto quiere cambiar de conducta, ¿no es necesario que adopte otra contraria y que se haga justo?

CÉBES. Así es.

SÓCRATES. Así cuando una cosa debe suceder por cambio, es necesario que primero haya tenido efecto lo contrario, de este modo viene el día después de la noche, y la noche sucede al día: una cosa llega a ser bella, grande, pesada, estimable, etc., después de haber sido fea, pequeña, ligera y vil. ¿Conviene en esto?

CÉBES. Sí.

SÓCRATES. Luego en general un cambio no es más que la sucesión de las definiciones contrarias que pueden convenir a una misma cosa. ¿Nos atenderemos a esta definición? Cébes parece indeciso.

CÉBES. Se me ofrece una pequeña dificultad, Sócrates. No entiendo bien esta voz *opuesto* ó *contrario*, ni comprendo cómo dos estados enteramente opuestos pueden sucederse inmediatamente.

— Muy bien, dijo Sócrates. En todos los cambios vemos que la naturaleza sabe encontrar un estado medio que le sirve, digámoslo así, de transición para llegar al estado contrario; por ejemplo, la noche sucede al día por medio del crepúsculo de la tarde, del mismo modo que el día a la noche por el de la mañana. ¿Que dices a esto?

CÉBES. Que eso es verdad.

SÓCRATES. En la naturaleza lo grande se hace pequeño en virtud de una disminución insensible, y lo pequeño se hace grande por medio de un insensible crecimiento.

CÉBES. Perfectamente.

SÓCRATES. Aunque en ciertos casos no hayamos dado nombre a esta transición, no hay duda que es necesaria y real, toda vez que a un estado debe suceder naturalmente el que le es contrario, porque un cambio no es natural sino en cuanto es producido por fuerzas que existen en la naturaleza.

CÉBES. De otro modo ¿cómo podría llamarse natural?

SÓCRATES. Ahora bien, estas fuerzas primeras son permanentes y siempre están en actividad, y si un solo instante pudiesen permanecer en estado de inercia, únicamente el Ser Supremo podría devolverles su acción. Mas lo que solo es posible a la omnipotencia, ¿podría llamarse natural?

CÉBES. Eso sería confundir las ideas.

SÓCRATES. Del mismo modo lo que hoy producen las fuerzas naturales, fué siempre objeto de sus operaciones, porque ellas no estuvieron nunca en reposo, sino que su actividad solo se manifiesta poco a poco. Por esto la fuerza natural que cambia por ejemplo el día en noche, está en movimiento desde el principio de aquel para conducir la noche al horizonte después de algunas horas, pero camina por el medio día y la tarde, que son las transiciones por donde empieza y acaba el día. También durante el sueño las fuerzas vitales están en acción para conducir la vigilia, de la misma manera que en el estado de vigilia preparan el sueño futuro.

CÉBES. Nadie puede negarlo.

SÓCRATES. Ahora bien, si un estado debe suceder naturalmente a su contrario, como ordinariamente sucede en todos los cambios naturales, es menester que las fuerzas constantes de la naturaleza hayan obrado antes de este cambio y hayan preparado por medios imperceptibles el estado precedente para engendrar, y por decirlo así, formar el presente. ¿No se sigue de aquí que la naturaleza debe pasar por todos los estados intermedios para sustituir un modo de ser a otro?

CÉBES. Sin duda alguna.

SÓCRATES. Querido amigo, reflexiona bien cuanto decimos para no dudar después, como suele suceder, cuando no se está previamente de acuerdo. En todo estado natural hay que considerar tres cosas: un estado precedente de la cosa que debe cambiar, un estado subsiguiente opuesto al primero y una transición, es decir, estados intermedios entre el uno y el otro, que abren el camino a la naturaleza para cambiar el uno en el otro. ¿No me concederás esto?

— Sí, sí, exclamó Cébes, no veo que eso pueda dudarse.

— Veamos, continuó Sócrates, si lo que voy a decirte te parecerá evidente. Creo que todo lo que es mudable debe cambiar continuamente, y que el tiempo con su vuelo rápido, empujando sin cesar lo futuro después de lo pasado, transforma todo lo que está sujeto a mudanzas, presentándolo a cada instante bajo formas nuevas. Cébes ¿no eres también de este parecer?

CÉBES. A lo menos le creo verosímil.

SÓCRATES. Y a mí me parece evidentísimo, porque toda cosa mudable, con tal que sea real y no pura idea, debe tener una fuerza capaz de obrar y al mismo tiempo susceptible de impresiones extrañas. Mas esta fuerza, ó es activa, ó pasiva, y tanto en un caso como en otro verifica en sí misma un cambio. Ahora, supuesto que las fuerzas de la naturaleza no están nunca en reposo, ¿quién podría detener un solo instante la marcha de la caducidad?

CÉBES. Estoy convencido.

SÓCRATES. No contradice esta verdad el que parezcan algunas veces inmutables las cosas: una llama nos parece siempre la misma, aunque no sea más que un torrente de fuego que brota continuamente del cuerpo en combustión de un modo imperceptible; también nos parece que los colores no sufren alteraciones, y sin embargo, los rayos solares que los causan, se suceden continuamente unos a otros. Por esto cuando queramos encontrar la verdad, debemos juzgar de las cosas por lo que son realmente, y no según las apariencias é ilusiones de los sentidos.

— ¡Ah! por Júpiter, exclamó Cébes, esta verdad nos presenta un aspecto tan nuevo como agradable en la naturaleza de las cosas. En seguida volviéndose a nosotros, añadió: Amigos la aplicación de esta doctrina a la naturaleza del alma parece prometernos las consecuencias más importantes.

— Antes de pasar a esta aplicación, prosiguió

Sócrates, debo sentar otro principio. Lo que es mudable, según hemos convenido, cambia en todos los instantes de su duración, y la sucesión de estos cambios debe crecer a medida que el tiempo corre. Ahora te pregunto, Cébes, si los instantes de la duración se suceden con interrupción ó continuamente.

CÉBES. No entiendo lo que quieres decir.

SÓCRATES. Voy a aclarártelo con algunos ejemplos. La superficie de una agua tranquila nos parece continua, y creemos que cada una de sus partes tiene límites comunes con las que la circundan; por el contrario, un montón de arena está compuesto de muchos granos, de los cuales cada uno tiene sus límites particulares. ¿No es así?

CÉBES. Eso se entiende bien.

SÓCRATES. Cuando pronuncio la voz *Simmias*, ¿esta no tiene dos sílabas distintas que se suceden sin que entre ellas haya una tercera?

CÉBES. Ciertamente.

SÓCRATES. Luego la voz *Simmias* es continua, aunque las sílabas de que se compone se suceden con interrupción, y cada una tiene sus límites particulares.

CÉBES. Efectivamente.

SÓCRATES. Y con razón te parece así, porque todas las partes y todos los signos distintos de una idea compuesta se confunden de tal modo que no se pueden señalar los límites que determinan dónde acaba la una y dónde empieza la otra, sino que componen un todo unido, en tanto que por el contrario toda sílaba tiene sus confines determinados, y las sílabas que se unen para formar una voz se suceden en una serie no continua.

CÉBES. Eso es muy claro.

SÓCRATES. Mas con respecto al tiempo, ¿es menester hacer la comparación con la voz pronunciada ó con la idea?

— En una serie continua, respondió Cébes.

— Infaliblemente, dijo Simmias, porque conocemos el tiempo por la sucesión de nuestras ideas. ¿Y cómo sería posible que la naturaleza de la sucesión no fuese la misma en el tiempo y en las ideas?

— Las partes del tiempo, prosiguió Sócrates, ¿son continuas y contienen límites comunes? TODOS LOS DISCÍPULOS. Precisamente.

SÓCRATES. La más pequeña partícula de tiempo es una sucesión de instantes, los que se dividen en porciones más pequeñas que sin embargo conservan siempre todas las propiedades del tiempo. ¿Qué decis a esto?

LOS DISCÍPULOS. Que es muy exacto.

SÓCRATES. No se dan en el tiempo dos instantes tan unidos que entre ellos no se pueda imaginar un tercero.

LOS DISCÍPULOS. Eso es una consecuencia de lo admitido hasta ahora.

SÓCRATES. ¿Los cambios no se suceden en la naturaleza como los instantes en el tiempo? LOS DISCÍPULOS. Sí.

SÓCRATES. ¿Luego se suceden en una serie continua como el tiempo?

LOS DISCÍPULOS. Sí.

SÓCRATES. Por consiguiente no habrá dos estados tan inmediatos que entre ellos no sea posible encontrar un tercero.

LOS DISCÍPULOS. Así parece.

SÓCRATES. Es verdad que a nuestros sentidos parece que los cambios de las cosas no suceden sino por intervalos, porque solo de este modo los perciben: sin embargo, la naturaleza sigue su curso, y por medio de transformaciones insensibles cambia las cosas en una serie continua. La más pequeña parte de esta serie es a su vez una sucesión de cambios, y por próximos que se supongan uno a otro dos estados, hay siempre una transición que los une, y por decirlo así, señala a la naturaleza el camino de uno al otro.

— Yo entiendo muy bien todo eso, dijo Cébes.

— Amigos, continuó Sócrates, ya nos vamos acercando a nuestro asunto. Ya hemos unido entre sí todas las pruebas que militan a favor de la eternidad de nuestra alma, y yo me prometo una victoria segura. Pero ahora hagamos lo que los generales, que antes de dar una batalla, pasan revista a sus fuerzas para reconocer lo fuerte y lo débil de ellas.

Apolodoro pidió una corta recapitulación de dichas pruebas, y Sócrates la hizo en estos términos: — Los principios en que se funda la verdad enunciada y de que no podemos dudar son los siguientes: 1º Todo cambio natural supone tres cosas: un modo de ser variable que debe cesar, otro que debe sucederle, y los estados intermedios ó la transición para que el cambio no suceda repentinamente, sino de un modo insensible. 2º Todo lo que es mudable experimenta cada instante de su duración un continuo cambio. 3º La sucesión del tiempo es continua y no hay dos momentos entre los cuales no se conciben otros intermedios. 4º La serie de los cambios corresponde a la del tiempo y es igualmente continua, de modo que no se pueden indicar dos estados entre los que no se conciben intermedios y no exista una transición. ¿Estamos de acuerdo en todo esto?

— Sí, respondió Cébes.

— La vida y la muerte, querido Cébes, prosiguió Sócrates, son estados opuestos. ¿No es verdad? CÉBES. Indudablemente.

SÓCRATES. Morir es pasar de la vida a la muerte.

CÉBES. Exactamente.

SÓCRATES. Este gran cambio afecta probablemente al alma tanto como al cuerpo, porque los dos seres durante la vida estaban en la más estrecha unión.

CÉBES. Así parece.

SÓCRATES. Lo que sucede en el cuerpo después de este grande acontecimiento, podemos conocerlo con la observación, porque este queda aun presente a nuestros sentidos; pero cuál sea el estado del alma después de esta vida, no se puede averiguar de otro modo que en virtud del raciocinio, porque con la muerte pierde el alma

los medios con que se manifiesta á los sentidos.

CÉBES. No hay duda.

SÓCRATES. ¿No sería mejor, mi querido Cébes, observar primero lo visible en todos sus cambios, para hacer despues, si es posible, la comparacion con lo invisible?

— Ese método, respondió Cébes, parece el mejor que puede elegirse.

SÓCRATES. En todo cuerpo animal suceden continuamente composiciones y descomposiciones, parte de las cuales tienen por objeto la conservacion y parte la disolucion de la máquina animal. Desde el nacimiento del animal la vida y la muerte empiezan una especie de lucha la una con la otra.

CÉBES. Estq lo comprueba la experiencia diaria.

SÓCRATES. ¿Cómo llamamos aquel estado en el que todos los cambios que suceden en la máquina viviente propenden mucho mas á la conservacion que á la disolucion del cuerpo? ¿No le llamamos salud?

CÉBES. Seguramente.

SÓCRATES. Y por el contrario, todos los cambios animales que tienen por objeto la disolucion de la gran máquina, ¿no son producidos por las enfermedades y la vejez, que es la enfermedad mas natural?

CÉBES. Sin duda.

SÓCRATES. Ahora bien, la disolucion aumenta poco á poco y por grados imperceptibles hasta que el edificio se arruina y se reduce á los mas pequeños fragmentos. ¿Y qué sucede despues? ¿estos fragmentos no quedan todavía sujetos á ningun cambio? ¿Ó desaparecen enteramente?

— No parece que sea así, respondió Cébes.

— No, no es posible, replicó Sócrates, si aquello en que hemos convenido es verdad. En realidad ¿hay estado intermedio entre el ser y el no ser?

CÉBES. No por cierto.

SÓCRATES. El ser y el no ser serian entonces dos estados que se sucederian inmediatamente, siendo muy próximos entre sí, y ya hemos visto que la naturaleza no puede efectuar estos cambios repentinamente y sin transicion. ¿Te acuerdas de este principio?

CÉBES. Sí que me acuerdo.

SÓCRATES. Luego la naturaleza no puede efectuar ni una creacion ni un aniquilamiento.

CÉBES. Es verdad.

SÓCRATES. Luego nada se pierde con la disolucion del cuerpo animal; las partes disueltas continúan existiendo, obrando, sufriendo, componiéndose y descomponiéndose hasta que por infinitas transiciones se cambian en partes de otro individuo compuesto, y las unas se convierten en polvo y las otras en humedad; estas vuelan á la region del aire y aquellas entran en una planta, de donde pasan á un animal vivo y despues abandonan á este para servir de alimento á algunos gusanos. ¿Concuerdas esto con la experiencia?

— En un todo, querido Sócrates, respondieron Simmias y Cébes.

SÓCRATES. En fin, amigos, vemos que la vida y la muerte respecto del cuerpo no están en la naturaleza tan separadas como parecen á nuestros sentidos. Ambas son eslabones de una cadena de cambios unidos entre sí, y no hay un momento en el que se pueda decir con exactitud: *Ahora muere el animal*, ni tampoco: *Ahora cae enfermo, ahora recobra la salud*. Semejantes cambios deben por cierto aparecer á nuestros sentidos como separados, porque no se hacen sensibles sino por medio de intervalos muy largos; pero hasta que sepamos que no pueden estarlo en realidad.

Un ejemplo aclarará esta asercion. Nuestros ojos limitándose á cierta region, distinguen con claridad la mañana, el medio dia, la tarde y la média noche, y estos momentos diversos de tiempo nos parecen separados los unos de los otros; pero el que considera todo el globo, sabe muy bien que la alternativa del dia y de la noche es continua, y que cada instante de tiempo es al mismo tiempo mañana, medio dia, tarde y média noche. Solo en virtud de la licencia concedida á los poetas, pudo Homero tomarse la libertad de distribuir las ocupaciones de sus dioses segun las épocas del día, como si las partes del tiempo, aun para aquel que está limitado á un pequeño ángulo de la tierra, fuesen realmente épocas separadas, y como si cada instante no fuese al mismo tiempo mañana y tarde. Solo á los poetas se permite tomar la apariencia por la realidad; pero á la verdad sería menester que la aurora con sus dedos de rosas tuviese siempre abiertas las puertas del cielo arrastrando continuamente su manto amarillo de una parte á otra, y que los dioses, que no quieren dormir sino de noche, durmiesen siempre ó nunca.

Del mismo modo los dias de la semana tomados como un conjunto no pueden ser distintos, porque lo continuo no se descompone en partes separadas y determinadas sino con la imaginacion, ó en virtud de las ilusiones de los sentidos; pero el entendimiento conoce muy bien que no debe detenerse en donde no hay una separacion real. Esto es bien claro.

— Muy claro, respondió Simmias.

SÓCRATES. Lo mismo sucede con la vida y la muerte, tanto de los vegetales como de los animales. En la sucesion de los cambios experimentados por una misma cosa, segun nuestros sentidos, la primera época empieza en donde aquella se hace sensible á estos, como planta ó como animal; á dicha época llamamos germinar en las plantas y nacer en los animales: la segunda época, aquella en que los movimientos animales ó vegetales se sustraen á nuestros sentidos, se denomina muerte; y por último la tercera, cuando las formas animales ó vegetales desaparecen y se hacen invisibles, toma el nombre de corrupcion ó putrefaccion de la planta ó del animal. Mas en la naturaleza

todos estos cambios son otros tantos eslabones de una cadena no interrumpida de envoltimientos y desarrollos de la misma cosa, que se reviste ó despoja de infinitas formas. ¿Creéis que esto ofrezca alguna duda?

— Por ningun motivo, respondió Cébes.

— Si decimos, prosiguió Sócrates, que el alma muere, es necesario una de dos cosas: ó que todas sus fuerzas, facultades, acciones y pasiones cesen de repente, y ella desaparezca, por decirlo así, en un abrir y cerrar de ojos, ó que esté sujeta como el cuerpo á cambios lentos y á infinitas trasformaciones; que sucediéndose en una serie continua, haya habido entre ellas una época en la que no fué una alma humana, sino otra cosa, como sucede en el cuerpo, el cual, despues de innumerables vicisitudes, cesa de ser un cuerpo humano, y se cambia en polvo, aire, planta ó parte de algun otro animal. ¿Creéis que sea posible un tercer caso, en el que se pueda decir que el alma muere, ya sea repentinamente, ó ya poco á poco?

— No, respondió Cébes, esta definicion comprende todos los casos posibles.

— Muy bien, dijo Sócrates: los que dudan todavía que el alma humana sea inmortal, pueden elegir que cesa poco á poco de ser lo que fué, si temen que desaparezca súbitamente. ¿Quieres, Cébes, encargarte de esta eleccion en su lugar?

CÉBES. ¿Y la confirmarian ellos? Mi parecer es que examinemos ambos casos. Si ellos no se conformasen con mi eleccion, y se declarasen por el otro caso, tal vez mañana no hallaríamos quien fuese capaz de refutarlos.

Sócrates respondió: — Querido Cébes, la Grecia es una vasta region: en ella y aun entre los extranjeros debe haber muchas personas á quienes interese esta investigacion; yo aconsejaria á todos que examináseis ambos casos. El primero es saber si el alma puede perecer y desaparecer en un instante, ¿Este modo de morir es posible? ¿Puede efectuarle la naturaleza?

CÉBES. Ciertamente que no, si es verdad lo que hemos convenido antes, de que la naturaleza no puede verificar un aniquilamiento.

— ¿Y no tuvimos razon para convenir en eso? preguntó Sócrates. Entre el ser y el no ser hay un terrible vacío, que no puede llenar de repente la naturaleza, la cual obra poco á poco.

— Muy bien, dijo Cébes; pero ¿y si fuese aniquilada por un poder sobrenatural, por una divinidad?

— Sócrates exclamó: Amigo, ¡qué felices seríamos y cuánta seguridad gozaríamos, si no temiésemos mas que la mano del Eterno! Lo que tememos es que la naturaleza de nuestra alma no sea inmortal por sí misma, y este temor es el que nos proponemos disipar con argumentos; pero dime, ¿te parece que podrá ser agradable á un Dios criador y conservador de todos los seres el anonadarle milagrosa-

mente? No, Cébes. Temamos que el sol se trasformen en hielo, antes que estremecernos con la idea de que la Suma Bondad ejecute una accion extremadamente mala, cual sería el anonadamiento milagroso del alma.

— No reparé, replicó Cébes, que mi objecion era casi una blasfemia.

— Uno de los modos de morir, continuó Sócrates, que es el anonadamiento súbito, no nos espanta, porque es imposible en la naturaleza: sin embargo, reflexionad bien, amigos, este punto. Si el aniquilamiento súbito no fuere imposible, la cuestion se reduciria á tratar de conocer cuándo ó en qué tiempo debe desaparecer nuestra alma. Esto parece que debe suceder cuando el cuerpo no tiene necesidad de ella, es decir, en el momento de la muerte.

LOS DISCÍPULOS. Así parece.

SÓCRATES. Ya hemos visto que no hay un momento determinado en el que pueda decirse: *Ahora es cuando el alma muere*. La disolucion de la máquina animal empezó mucho tiempo antes que sus efectos fuesen sensibles, pues los movimientos animales que son contrarios á la conservacion, están siempre en actividad, y aumentan poco á poco, hasta que finalmente todos los movimientos de las partes no se dirigen á un solo fin, sino que por el contrario cada uno sigue un fin particular, y entónces se deshace la máquina. Esto sucede de un modo tan insensible y con un orden tan constante, que todo estado puede llamarse un limite comun del estado precedente y del sucesivo, un efecto del estado anterior y una causa del siguiente. ¿No estábamos ya de acuerdo en esto?

LOS DISCÍPULOS. Seguramente.

SÓCRATES. Luego si la muerte del cuerpo es tambien la del alma, es menester que no haya un momento en que pueda decirse: *Ahora desaparece el alma*. Es menester que á medida que los movimientos que se verifican en las partes de la máquina dejan de dirigirse á un solo fin, las fuerzas del alma y su actividad interior se disminuyan gradualmente. Cébes ¿no entiendes esto del mismo modo?

CÉBES. Sí.

SÓCRATES. Observa la marcha singular que ha seguido nuestra investigacion: á la manera que una de las estatuas de mi abuelo Dédalo parece que toma un nuevo aspecto en virtud de alguna máquina interior.

CÉBES. ¿Por qué dices eso?

SÓCRATES. Habíamos supuesto en un principio que nuestros contrarios temian que se aniquilase repentinamente el alma, y hemos querido ver si este temor era ó no fundado; por lo tanto examinamos en qué momento podria suceder el aniquilamiento, y este exámen nos ha conducido á la suposicion contraria, es decir, á la de que no será aniquilada súbitamente, sino que poco á poco irán disminuyendo sus fuerzas y su actividad interior.

— Tanto mejor, respondió Cébes: esta su-